

VI.

Habia llegado el árduo momento de desarrollar el plan napoleónico, es decir, fundar un gobierno monárquico y estable, que diera garantías á la Francia oficial, para el pago de su deuda y de entera sumision á su influencia. Pero tambien era preciso que á ese gobierno se le diera el barniz que lo hiciera parecer como emanado del sufragio popular, libre de la coaccion de la minoría opresora: así se llamaba á los liberales.

Laborioso tenia que ser el génesis de aquel gobierno popular, pero que debia ser elaborado en el cuartel general francés.

El cinismo de Saligny resolvió aquel problema. A su iniciativa, Forey expidió el dia 11 de Junio, el dia mismo de su entrada, cuatro decretos, nombrando á García Aguirre prefecto político de la capital, á Azcárate prefecto municipal, el personal que habia de componer el Ayuntamiento y á los treinta y cinco que debian formar el llamado Consejo de gobierno.

Estos cuerpos actuarian sin estatuto ni código político alguno, puesto que no lo tenian; pero su norma debia ser la direccion francesa.

El Consejo, traduciendo la voluntad de las autoridades francesas, dió á su vez tres decretos, erigiendo un triunvirato compuesto de Almonte, Labastida y Salas, y sustitutos de estos á Ormaechea y Pavon. No economizaba el Consejo sus fórmulas decretales, aun cuando en una sola ley pudo haberlo hecho todo.

Despues expidió otro decreto mas, nombrando á los 231 notables que debian pronunciar cuál era la forma de gobierno que convenia á México. Esos notables serian considerados como los representantes del pueblo mexicano.

Sin embargo, los comitentes eran estraños á todo esto: la totalidad de los nombramientos habia recaido en los reaccionarios mas remarcados. Uno que otro liberal, de los del partido tímido y meticoloso que fluctuaba entre los rojos y los moderados, habian sido tambien nombrados para el cuerpo de notables; pero renunciaron ó se negaron á concurrir á las juntas.

Pero esta se instaló!

No hay quien no conozca la acta de la sesion del dia 10 de Julio de 1863, el dictámen de Aguilar y Marcho consultando la adopcion de la monarquía y la aprobacion de los cuatro artículos que componian su parte resolutiva.

La República quedó convertida en monarquía católica y moderada, ó mas bien dicho en imperio. La corona se dió á Fernando Maximiliano, y se dispuso que en caso de que este no aceptase se suplicaria á Napoleon III que designase otro candidato, católico se entendia.

Otros partidos, en otros paises y en otras épocas, habian cometido un crimen igual; pero se le habia dado algun disfraz, y nunca hasta entonces se sujetó á un país á una humillacion semejante.

En fin, la farsa estaba consumada y solo se aguardaba que el príncipe viniera.

Entonces se nombró la comision que fuera á Miramar á

ofrecer el cetro y á activar la venida de Maximiliano, que con tanta ansia aguardaba el partido imperialista.

Tenemos, pues, que trasladarnos tambien á Europa, adonde llevaré á mis lectores haciéndolos penetrar hasta el trono de aquellos reyes, que tenian sus ávidas miradas fijas en el fértil suelo del Anáhuac.

Napoleon III estaba en Biarritz, y desde allá enviaba sus agentes que debian consolidar su obra proyectada en México.

Porque esa obra, como el Hércules de la fábula, estaba condenada á luchar desde la cuna. En la cámara francesa comenzaba á tomar mayor incremento la oposicion que condenaba la empresa mexicana, apesar de la audacia con que mentia Billault, el abogado imperial, disfrazando los hechos, y hasta falsificando las fechas.

El resto de Europa aguardaba.

España discutia si debia ó no provocar que se reanudaran las convenciones de Lóndres, y si habia ó no obrado bien Prim al retirarse con sus tropas: era oportuna esa labor.

Inglaterra esperaba, sumida en un silencio profundo, pero teniendo fuertemente asidos en su mano los bonos mexicanos: acaso ni atendia á lo que pasaba divagada en calcular el monto real del interes de su deuda.

Maximiliano, entre tanto, habia logrado, lo mismo que Carlota, hablar perfectamente el español, que hacia tiempo aprendian.

De suerte que cuando la comision llegó á Trieste el dia 1º de Octubre de 1863 estaban ambos consortes aptos para recibirla.

Componian la comision Gutierrez Estrada, el padre Miranda, José Hidalgo, Velazquez de Leon, Aguilar y Maro-

cho, Murphy, Woll, Antonio Escandon, y Angel Iglesias como Secretario.

Esta comision, al llegar á Paris el dia 19 de Setiembre del mismo año de 1863, consultó al gobierno francés si primero debia pasar á los baños á presentarse al emperador, ó si se dirigia á Miramar: Napoleon le previno que directamente fueran á cumplir su mision cerca de Maximiliano.

El príncipe recibió á los comisionados el dia 3 de Octubre de 1863: dos años despues, y en la misma fecha, espedia el célebre decreto de 3 de Octubre de 1865, aniversario de la ceremonia en la cual se le ofrecia el cetro mexicano.

En 1866 circuló en la República una proclama de Maximiliano que recuerdo perfectamente haber visto en el Interior, y que despues no he podido encontrar en los impresos de la época. En ella decia que "si la corona le habia de costar una gota de sangre mexicana, abdicaria antes que derramarla." ¡Cuánto se cambia en un año!

Pero volvamos á Miramar.

Minutos antes de las doce del dia llegaron los carruajes al pórtico del castillo, y allí fueron recibidos los mexicanos por la servidumbre del archiduque, vestida de negro con bordados de plata una parte de ella, y la otra de blanco y azul.

Los monarquistas mexicanos, que no estaban habituados á ese lujo teatral de las cortes europeas, se quedaron estupefactos contemplando los dos gigantes alabarderos que iban á la cabeza de la comitiva. Y todos, en su correspondencia familiar de aquellos dias, confiesan su admiracion con un candor infantil.

Llegaron por fin á un gabinete adonde los esperaba Maximiliano, vestido de frac azul y llevando al cuello el toison de oro y la gran cruz de San Estéban.

El presidente de la comision leyó su discurso, en el cual ofrecia la corona de México en un estilo humilde y contrito

que parecia imitado de un devocionario: faltaba á esos hombres hasta el talento de hacer menos rastrera su invocacion.

Maximiliano, por el contrario, breve y sencillo, manifestó que aceptaria el trono cuando la nacion ratificase con su voto el de la capital, y cuando las demas naciones le diesen las garantías suficientes para poner su imperio al abrigo de los peligros que lo amenazaran.

El archiduque leia en aquellos momentos el porvenir: ¿cómo tuvo, pues, la imprudencia de aceptar?

Espuso, ademas, que reinaria bajo un régimen constitucional, lo cual no ha de haber sonado de una manera muy grata á los oidos de los conservadores presentes.

Así terminó la ceremonia.

Despues siguió la presentacion de la archiduquesa y de todas las personas de su servidumbre.

En la noche fué el convite, al cual se presentó la princesa Carlota irradiante en medio de las joyas que cubrian su pecho y su tocado.

Era preciso que olvidaran los comisionados, que venian á ofrecer un vasto imperio rico y vírgen, que aquel príncipe solitario de Miramar debia algunos millones de francos.

Dos dias duraron los festines, dando el último el banquete Revoltella.

El dia 6 la comision se disolvió. Unos permanecieron en Miramar y los otros partieron para Alemania.

Cuando supo Napoleon lo que habia resuelto Maximiliano, vió que iba apenas á la mitad de su obra, y ordenó á su gabinete que dispusiera todos los medios necesarios para que el cuerpo espedicionario francés fuera al interior de México á recojer la votacion á favor del imperio.

—
Pero no podemos omitir, como ha hecho Kératry, los anales de Forey durante su mando superior en la capital.

Apenas se conoció el voto de los notables se dispuso un baile, en celebridad no solo de tan fausto suceso, sino de haberse instalado la Regencia del imperio.

La *Estafeta*, el periódico de Barres que tanto había adulado al gobierno liberal é insultado á los conservadores hasta que lo compró Saligny; la *Estafeta* se atrevió esta vez á decir en su editorial del día siguiente al primer baile de palacio, que “el presunto rey había sido consagrado por labios seductores, ungido con champaña y coronado de rosas.”

Los periódicos conservadores no comprendieron cuánto tenía de ofensivo á la dignidad de su emperador esas burlonas palabras y las reprodujeron en sus columnas, haciéndolas suyas: esto ya llega al cretinismo.

Perdóneme el lector si le consigno aquí otro recuerdo; pero no puedo excusar nada de lo que retrate la expedición francesa.

La *Estafeta*, en ese mismo editorial decía lo siguiente, hablando de la república de México:

—“Eróstrato, que incendió el templo de Efeso, entregó su nombre á la inmortalidad de la execración. El que ponga fuego á tantas miserables repúblicas que se estienden desde el Rio Bravo hasta el cabo de Hornos, no habrá hecho mas que desmontar la tierra. No gritamos ¡al incendiario! cuando vemos al anoecer en el sitio de una labor que el campesino quema las yerbas inútiles y los abrojos de su heredad. No por eso es menos pintoresco el paisaje, ni dejará de ser mejor la cosecha próxima. ¿Qué es lo que pudiera inspirarnos lástima? ¿Serian los reptiles y las orugas que se retuercen bajo la ceniza?—No tenemos, pues, un solo sentimiento de pesar por esa República que desaparece.”

Y sin embargo esa República había subvencionado á la *Estafeta* ántes de que se coligara con Jecker, y los liberales habían sentado en sus mesas á su redactor, y le habían tendido su mano y le habían llamado su amigo.

Al fin de la obra citaré también otro fragmento de la *Estafeta*, á donde aconsejaba la abdicación á Maximiliano.

Me he divagado un momento.

Forey y Saligny eran los verdaderos regentes del futuro imperio.

El primero había decretado el día 21 de Mayo de 1863, es decir, á otro día de haber ocupado á Puebla, la confiscación de bienes contra todos los que combatieran la intervención francesa.

Esa era la prenda de conciliación que traía la Francia á México.

El día 15 de Junio de 1863 dió el mismo Forey un decreto permitiendo la publicación de periódicos que habían estado suspensos hasta entonces por orden suya. En ese decreto, redactado por el ministro francés, se prohibía que se discutiera sobre política, sobre la religión ni sobre los empleados de la administración. Muy poca materia quedaba, pues, á la prensa de que ocuparse; y sin embargo, sobre eso poco, quedaban aún los dos *apercibimientos* de la autoridad y al tercero la suspensión definitiva.

Era la libertad de la prensa que nos traía la civilización francesa.

El día 20 de Junio de 1863 decretó Forey la organización de las cortes marciales. Lacónica era esa terrible ley. Según ella, todos los defensores del país quedaban fuera de la ley, y las cortes pronunciarían contra ellos la sentencia de muerte, la cual sería ejecutada, sin apelación, veinticuatro horas después de concluido el juicio.

Era el lago de sangre que cavaba para siempre la Francia entre ella y la República.

¿Por qué ha omitido todo esto Kératry?

Muy pocos días después de haber sido ocupada la capital, un soldado francés encontró en la calle á una joven: le agradó, la siguió, y penetró en su casa detrás de ella; pero

esa jóven era casada y resistió al soldado. El marido de la señora defendió á esta de aquella brutal agresion; pero el francés tomó aires de invasor y quiso herir al jóven: este, entónces, agredió á su vez con una arma al soldado, pero sin lograr tocar al que así queria manchar su honor y atentar contra su vida.

El marido que así habia defendido la honra de su esposa fué fusilado en la plazuela de Santo Domingo. Esto causó una impresion terrible en la ciudad.

La picota fué otra institucion francesa planteada por el ejército expedicionario. De Potier, comandante de la plaza, estableció los *azotes*, y este infamante castigo se aplicó incesantemente á muchos desgraciados declarados culpables en la opinion del gefe francés, sin mas forma de juicio.

L'Estafette aplaudia los azotes y las ejecuciones secretas, y decia con una espantosa ironía, que el látigo daba *calosfrío en las espaldas de los malhechores*.—Ya se sabe que en el lenguaje de la intervencion, malhechores era una palabra sinónima de liberales.

El pueblo de México á su vez, con un terrible sarcasmo, denominó con el apodo de la casa de Pilatos el lugar adonde se aplicaba la flagelacion francesa. Era en el núm. 1 de la calle de la Moneda.

Nada de esto menciona Kératry en su apología del ejército francés.

Pero todos estos actos salvages, encontraban una plena aprobacion en los hombres de la intervencion.

El poder ejecutivo provisional, es decir, Almonte, condecoró á Forey y Saligny, con la gran cruz de la orden de Guadalupe, por decretos espeditos los dias 6 y 10 de Julio de 1863.

Mas aún, cuando quedó establecida la regencia, despues de la reunion de los notables, aceptó como suyos todos los actos y decretos del general en gefe del ejército francés, espeditos hasta el dia 25 de Junio de 1863, y los declaraba

vigentes, previniendo á los tribunales y funcionarios públicos, los ejecutaran é hicieran ejecutar.

Todavía mas.

Los desafectos á la intervencion fueron deportados unos, y otros encerrados en la cárcel denominada la Martinica.

Y los quinientos cuarenta y tres gefes y oficiales mexicanos, hechos prisioneros por los franceses, y que no quisieron juramentarse ofreciendo permanecer neutrales, fueron llevados á Francia.

Apesar de todo, el partido reaccionario no estaba satisfecho. Las leyes de reforma subsistian, en sus efectos al menos, y Forey no habia consentido en tocarlas, sobre todo la relativa á los bienes nacionalizados.

Su alarma creció mas en los últimos dias de Agosto, cuando recibió Saligny la orden de partir por haber sido relevado.

Los conservadores sintieron el golpe en el corazon, porque su instinto les decia que les iba á faltar su principal apoyo, y la regencia dirigió una nota pueril á Drouyn de Lhuys, pidiéndole que no se destituyese á Saligny. Todo fué inútil, y el ministro francés tuvo que partir, aunque trató de prorogar el dia de su salida con pretextos mas ó menos capciosos. Cuando se convenció al fin de que el gobierno francés rompía su instrumento, porque ya no le era útil, partió dejando recuerdos tristísimos en la República.

En el resentimiento que se profesaba á ese hombre, habia algo de despreciativo.

Nadie olvidaba su injusta agresion contra México, los insultos que prodigó á los hijos del país, la manera inconveniente como se atrevia á presentarse en los lugares públicos: aun algunos de sus cómplices en la obra intervencionista, se quejaban de él.

La señora de Muñoz Ledo, llegó hasta hacerlo responsable de la falta de muchos efectos de ropa y otros objetos que

fueron robados de los muebles en que estaban guardados, y cuyas llaves guardaba el mismo Saligny.

El ministro francés se escusó con solo su insolencia de aquel abuso de confianza, y la casa de Muñoz Ledo quedó muy arrepentida de haber dado hospedaje al representante de la Francia, lo cual habia hecho solo por salvarse de los liberales, á quienes temia sin razon. No digo un gobierno, si una gavilla se hubiera albergado en la casa de Vergara, las cosas hubieran pasado mejor para sus dueños.

Pero dejemos ya ese hombre que seguia el camino de Veracruz en Octubre de 1863, llena el alma de despecho. Lo que ignoramos es si aquella destitucion lo hizo perder ó no las ventajas que le ofrecia el negocio del suizo Jecker.

Tambien Forey fué llamado á Francia, endulzándole este golpe con elevarlo al rango de mariscal: parece que el gobierno imperial no estaba muy contento con sus dos agentes que habian ido mas allá de lo necesario al interpretar el pensamiento mas grandioso del reinado de Napoleon III; su celo tan exajeradamente oficioso, habia perdido á los dos héroes de la intervencion.

Sin duda la irritacion que debió haber inspirado en el ánimo de Forey el desaire imperial, pudrió sus entrañas hasta dictarle las horribles medidas que marcaron los últimos actos de su poder con el sello de una crueldad muy poco digna de quien tenia la honra de mandar un ejército francés.

En el mismo mes de Agosto de 1863, y ya en los últimos dias de la permanencia de Forey, hubo en Tlalpam una disputa entre los vecinos y los zuavos: uno de estos quedó muerto en la refriega.

Entónces Cousin, el comandante francés de aquel punto, con autorizacion del cuartel general francés, impuso una multa de seis mil pesos á la ciudad, pagaderos en cuatro dias: además, quedaban por orden del mismo gefe, suspen-

sas la administracion de justicia y la administracion pública.

Se aprehendió, además, á varios vecinos de Tlalpam, los que fueron conducidos á la capital, á fin de que sirviesen de prenda pretoria, disponiendo las autoridades francesas que por cada soldado ó traidor que fuera asesinado en Tlalpam, seria fusilado uno de los vecinos presos. Por último, si no se obedecian estas órdenes, la ciudad seria incendiada.

Larga seria la lista de los actos de este género cometidos por los franceses, si en este apéndice tuviera que consignarlos todos. Pero no se trata mas que de cubrir la falta de Kératry, llenando los huecos que ha dejado en su historia, y que pueden traducirse por una omision intencional.

Indispensable es, sin embargo, relatar que el entusiasmo de los afrancesados se enfrió muy rápidamente.

Los alojamientos habian disgustado á la poblacion entera: el carácter celoso de los mexicanos, que participa mucho de la susceptibilidad española, no les permitia estaciarse como un *épicier* (tendero) ó como una griseta delante de un kepí de cazador francés, ó de una gorra de zuavo. Así es que lastimó profundamente la religion del hogar la profanacion que sufría con la forzosa aceptacion en la familia de un extranjero armado, y no muy respetuoso siempre de las conveniencias y deberes sociales.

La contribucion con que se substituyó el alojamiento, se hizo tambien muy onerosa.

Pero lo que no podian perdonar los conservadores á la intervencion, era la subsistencia de las leyes de reforma, especialmente que no se devolviesen á las comunidades y corporaciones eclesiásticas los bienes que habian poseido.

Labastida era el gefe de esa sorda predicacion contra los franceses.

¡Poco debía durar una obra que tenia en sí misma tan poderosos elementos de destruccion!

En Octubre de 1863, tomó el mando en gefe el general Bazaine.

Desde esta fecha tenemos que marchar en dos líneas paralelas, Kératry con su poema encomiástico al general francés, y yo con mi humilde relato rectificándolo.

La mision de Bazaine era muy clara: debia abrir la campaña electoral que forjando las actas intervencionistas que faltaban, calmaran los escrúpulos de Maximiliano.

Y aquí comienza lo que podiamos denominar *Bazeineida* de Kératry. Este escritor escribe en la primer hoja de servicios de su héroe, las primeras campañas contra las guerrillas que infestaban los alrededores de México.

Yo tambien á mi vez vertiré cuanta luz me sea posible sobre esa primer batida del general francés.

En el valle de México, en su lado Sur, hay una bosa gigantesca tendida de Oriente á Poniente, y formada por el enlace de tres sierras elevadas á una altura admirable, y vestidas en sus cimas de bosques de pinos envueltos siempre entre nubes.

El monte de las Cruces al Oeste, Ajusco en el centro, y al Este el monte de Huichilac, forman esa tricéfala cordillera.

Allí se han abrigado mil revoluciones, y cada una de sus rocas se ha teñido de sangre, y en cada uno de sus árboles se ha mecido el cadáver de un condenado á muerte, y en cada una de sus veredas se ha despojado al viajero ó se ha deshonrado á una mujer.

Allí está escrita una de las páginas mas sangrientas de la reaccion clerical.

Pero tambien allí se han abrigado los defensores de la independencia y de la libertad, sin que jamás hubiera sido posible derrotarlos ni capturarlos.

Bazaine comprendió el peligro de tener tan cerca fuerzas armadas, aunque irregulares, del ejército nacional. Y su alarma fué mayor al saber que el pueblo de Ajusco habia sido ocupado por los liberales.

El cuartel general organizó al momento una espedicion nocturna: la columna encargada de hacerla, tornó al dia siguiente sin haber logrado alcanzar, pero ni aun ver siquiera á los guerrilleros.

Pero la obra francesa quedaba consumada: una inmensa nube de humo se cernió durante todo el dia sobre la cima de Ajusco, y durante la noche esa nube se tiñó con los reflejos rojos del incendio.

Los franceses habian quemado el pueblo de Ajusco y el monte. Los habitantes que no tenian culpa alguna, quedaron sumidos en la miseria.

Desde la capital pudo contemplarse tal desastre, que aumentó mas la antipatía contra el ejército invasor.

Por fin se emprendió la campaña del interior.

El preliminar de ella fué la separacion de Labastida del consejo de la rencia.

La avidez y las intrigas del prelado, provocaban continuas divisiones en el ejecutivo, que entorpecian la marcha de la administracion, y llenaban de dificultades los proyectos de la intervencion.

Almonte, que ni era conservador ni liberal, sino el dúctil y complaciente instrumento de Napoleon, consintió en indicar al arzobispo que se retirara. Labastida obedeció el mandato, y hasta la guardia de honor que habia á la puerta del palacio arzobispal, desapareció por orden de Bazaine.

En los primeros días de Noviembre salieron las columnas espedicionarias para el interior.

El ejército francés se bifurcó, tomando uno de sus fragmentos el camino de Morelia y el otro el de Querétaro.

A la vanguardia de la primera de las columnas iba Márquez con su ejército vestido á la francesa. Mejía marchaba á la vanguardia de la segunda.

El país quedó ocupado desde San Luis hasta Morelia y desde México hasta Guadalajara.

Las autoridades imperiales que se iban nombrando para cada una de las poblaciones ocupadas cuidaron de levantar inmediatamente actas de adhesion en favor del imperio. Cuantos ercritores se han ocupado de la historia de la intervencion han juzgado ya del valor de esos documentos: hasta los franceses, como Kératry y Lefèvre, los califican de insuficientes para el objeto que se buscaba en ellos, y muchos de ellos ridículos, otros falsos y algunos contraproducentes.

Mas como lo que importaba era enviar muchos espedientes á Europa, se hizo la remision de los protocolos de reconocimiento de Maximiliano, á la comision mexicana que aguardaba en Paris.

Así se iba á obtener la aceptacion del archiduque.

Tengo que trasportarme de nuevo á Miramar; pero antes llenaré otro vacío que nos deja Kératry en su obra, viendo lo que hacia en aquella crisis el gobierno republicano.

VII.

Comenzó apenas á dividirse el ejército francés para ocupar el país, y cuando llegaba apenas á Querétaro, á sus costados, á su espalda y por todas partes se situaban fuerzas liberales molestando su atencion é interrumpiendo sus relaciones.

Porfirio Diaz, el jóven héroe que ha sabido adquirir un renombre europeo por su valor, su patriotismo y su modestia, se habia situado en Oajaca cruzando doscientas leguas casi de un país enemigo, y escapando de la persecucion que se le hacia, con su pequeño ejército, abriéndose paso con sus bayonetas.

La Sierra de Puebla, la Tierra caliente, Michoacan, Tamaulipas, por todas partes habia diseminadas fuerzas liberales que fatigarian la atencion del invasor.

Solo los gruesos cuerpos de ejército retrocedian conforme avanzaba la invasion, por haberlo dispuesto así el ministerio de la guerra.

Es que tambien el gobierno estaba dispuesto á retirarse: los ánimos impacientes condenaban esta determinacion y pedian que se librarian batallas, que se opusieran obstáculos á los invasores, que se les hicieran sufrir pérdidas que no